

POR SIEMPRE

ALFONSO PALOMARES

**POR SIEMPRE**  
Eloísa y Abelardo



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: junio de 2021

© Alfonso Palomares, 2021  
© de la presente edición: Edhasa, 2021  
Diputación, 262, 2.º1.<sup>a</sup>  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6369-2

Impreso en Romanyà Valls

Depósito legal: B 7324-2021

Impreso en España

*Para Ana Tutor, en el recuerdo.  
Y para la familia.*

# Capítulo I

El domingo de Resurrección del año 1089 amaneció azul y luminoso, como si el sol y el cielo quisieran celebrar la victoria de Jesús sobre la muerte. Lo consideraron un generoso regalo de la Providencia por el cumpleaños de Berenguer, señor de Le Pallet, burgo defensivo a dieciocho kilómetros de Nantes, en la confusa raya de Bretaña. La fiesta más tumultuosa y divertida se celebraba cuando el cumpleaños del señor de Le Pallet caía en Semana Santa; fuera el día que fuera, se trasladaba la celebración al domingo de gloria. Habían preparado el gran patio de armas para las distintas modalidades de juegos: los blancos para el tiro con arco, las maderas lisas para el lanzamiento de lanzas y cuchillos, los escenarios para los combates simulados de espadas, obstáculos para saltos de altura de jóvenes y caballos... A primera hora, antes de que llegaran los participantes en los juegos de guerra y el grupo de invitados curiosos, prácticamente todo el pueblo y gentes de los burgos adyacentes abarrotaban el patio grande del ala norte del castillo. Era un puro trajín de idas y venidas de ayudantes y sirvientes poniendo todo a punto.

A pesar de su corta edad, Abelardo, recién cumplidos los diez años, salió con un arco adecuado a sus fuerzas y a sus dimensiones para hacer prácticas en un blanco que habían dispuesto en una esquina junto a una pequeña puerta de entrada. Por entonces ya había decidido los caminos por donde

discurriría su futuro: se entregaría con tenacidad a los estudios de la gramática y a la práctica de los debates de la dialéctica. Prefería los laureles de las disputas en procesos verbales a los trofeos de la lucha en las batallas. Dejaría la pompa de la gloria militar a sus hermanos gemelos, Raúl y Dagoberto, sólo quince meses menores que él. De las armas, a Abelardo sólo le gustaba el tiro al arco, porque lo consideraba un ejercicio lúdico que podía compaginar con el conocimiento de las letras. Nunca lo emplearía para ir a un campo de batalla, porque jamás pensaba ir a uno de esos lugares. Esa mañana sólo buscaba atinar en el blanco que su padre le había preparado para que jugara mientras esperaban a los invitados.

Por la puerta lateral cercana, entró la priora del vecino monasterio de la Encarnación con un corderito blanquísimo en los brazos que el señor Berenguer de Le Pallet debía ofrecer al celebrante de la misa solemne en el momento del ofertorio. Era el símbolo del cordero Pascual. La monja soltó el corderito, que celebró la libertad con unos saltos emocionados justo en el momento que Abelardo disparaba y, con tan mala suerte, que en uno de los brincos una flecha le atravesó el cuerpo a la altura del corazón. El cordero cayó temblando con los estertores de la muerte, y la blancura de nieve terminó convirtiéndose en un bulto estremecido y sanguinolento. El grito desgarrado del muchacho se hundió como un puñal en la silenciosa serenidad de aquella mañana azul; y Abelardo, cuando terminó de llorar, al atardecer del día siguiente, por quedarse sin lágrimas, juró solemnemente que jamás volvería a tocar un arma, fuera de la naturaleza que fuera. Esta desventura le quedaría grabada en la memoria el resto de sus días, la recordaría siempre en las horas amargas.

En 1079, Felipe I era rey de los franceses, y Alain IV, duque de Bretaña, cuando el matrimonio formado por Lucía y Berenguer, señores de Le Pallet, fue bendecido con un

hijo varón al que bautizaron con el nombre de Abelardo. Era el primogénito, y festejaron el feliz acontecimiento con la música de cuatro arpistas llegados de Nantes para interpretar los salmos de Acción de Gracias con ondulados ritmos gregorianos. A los cuatro meses del nacimiento de Abelardo, Lucía anunció que los alborotos de su cuerpo le señalaban que estaba de nuevo embarazada. Berenguer lo celebró pasándose de vino, lo que le llevó a cantar dulces baladas bretonas en honor de la fecundidad de su mujer. Lucía tuvo un embarazo perturbador y doloroso. El parto fue peor, pues se presentaron gemelos, para susto y asombro de la partera. Temieron la muerte de los tres, de la madre y de los dos niños, y lo que iba a ser un día de alegría a punto estuvo de convertirse en horas irremediables de lúgubre tristeza. Se salvaron con los sabios oficios de la experimentada partera y, superada la incidencia, se criaron fuertes y sanos, resistiendo con firmeza los fríos vientos invernales y las pertinaces nieves del lugar. A pesar de tan difícil gestación y peor parto, le llegó un tercer embarazo, desmintiendo las palabras de la partera, que había anunciado su esterilidad. Contra los peores augurios, Lucía llevó el tercer embarazo con gozosa serenidad y además dio a luz una niña, la tan esperada niña, que motivó que el padre lo celebrara inundando el pueblo de vino, cerveza y canciones. Después de una semana de debates analizando el santoral femenino, decidieron llamarla Denise.

A medida que sumaba meses y años, Abelardo, ayudado por el párroco de Le Pallet, progresaba en los estudios y en la ciencia de la dialéctica, despiertos en él la pasión por los debates de la inteligencia, y repetía que prefería sus trofeos sobre cualquier gloria conseguida a través de las armas. En aquellos tiempos había en Francia muchos escritores y maestros pensantes que cultivaban la dialéctica, la ciencia que ocupaba los espíritus más refinados. La filosofía tenía

entonces caballeros vagabundos cargados de silogismos que iban de escuela en escuela y de ciudad en ciudad, allí donde florecían los debates, para lucir la brillantez de sus conocimientos y el ingenio rápido y afilado de sus palabras.

Un día llegó a Le Pallet el dialéctico Herber de Brie. Tenía amplia fama en la geografía de Bretaña, conocía todos los escritos sobre los universales y las distintas teorías que habían formulado y formulaban los grandes maestros sobre ellos, aunque no planteaba ninguna propia. El señor de Le Pallet vio cómo su hijo Abelardo parecía embobado escuchando a Herber de Brie hablar sobre el vocabulario filosófico necesario para comprender y moverse por el interior de las categorías de Aristóteles. Explicaba el sentido de las cinco palabras que vertebraban ese vocabulario. No se puede decir que se conoce la dialéctica sin haber aprendido todo lo que se relaciona con las cinco palabras esenciales y las relaciones generales de las ideas y las cosas entre ellas, expresadas a través de los nombres de género, especie, diferencia, propiedad y accidente. Y el señor de Le Pallet invitó a de Brie a quedarse a dormir en el castillo. Después de la cena, hablaron de la fabricación de los silogismos, y Abelardo, a pesar de sus quince años, demostró una gran habilidad en su elaboración:

«Si hay sol hay luz; hay sol, por eso hay luz.

Sin sol, no hay luz; hay luz, por lo tanto hay sol».

Abelardo, ante el asombro de De Brie, hizo diversas variantes de razonamientos con el sol, la luz, el día y la oscuridad. Durante tres años estudió bajo su batuta la teoría de la proposición y los principios universales del lenguaje; el razonamiento y la demostración con las distintas formas del silogismo; las reglas de la división y de la definición, la ciencia de

la discusión y la refutación, así como el conocimiento de los sofismas. Cuando cumplió los dieciocho años, De Brie confesó con dolor que no tenía nada más que enseñarle, incluso podía ser lo contrario, ya que Abelardo poseía claras dotes de maestro. Y entonces éste sintió la necesidad de salir y conocer los otros vientos del pensamiento y el tono de las disputas que enzarzaban a los intelectuales de Bretaña. La lógica, que ocupa poco más o menos el campo de la dialéctica y que utiliza la razón como elemento básico en la búsqueda de la verdad, puede hacerse y se hace de forma solitaria, saltando de un razonamiento a otro de manera individual y silenciosa. En cambio, la dialéctica tiene como base la discusión, el debate y la confrontación de ideas para encontrar la verdad. Para practicarla se necesita un mínimo de dos contendientes. El debate apasionaba a Abelardo, lo enardecía, y le fascinaba ver a sus contrincantes acorralados por sus argumentos y constatar que no encontraban salidas verbales a sus planteamientos. Abelardo los enjaulaba en diabólicos laberintos. Tenía una gran habilidad para formular las premisas del debate, así como una luminosa claridad para concretar los términos de una proposición y establecer los elementos del discurso, lo que facilitaba una discusión profunda y apasionante. En ese mundo, Abelardo se sentía como pájaro en el aire. Un día les dijo a sus padres que se iba para recorrer Bretaña en busca de aventuras filosóficas y confrontaciones dialécticas. Su anuncio fue acogido con gran interés, a pesar de su juventud, en los claustros catedralicios, en los monasterios donde dominaba la sed por aprender y debatir, así como entre las élites de la aristocracia que cultivaban y apoyaban el arte del conocimiento fomentando brillantes torneos de exhibición de saberes. Aprovechaba las bibliotecas de los monasterios para empaparse de los clásicos latinos y griegos, aunque desconocía este idioma, y para conocer a

Homero, Esquilo, Platón, Aristóteles y Eurípides tenía que acudir a las versiones latinas de sus grandes obras. Pasaba largas horas con los copistas de los monasterios, que le descubrían autores de los que nunca había oído hablar, y así llegó a la conclusión de que el recorrido por la cultura era un camino largo. Disfrutaba mucho leyendo a los latinos, especialmente a Lucano, Cicerón y Ovidio. Muchos de los maestros de las escuelas catedralicias bretonas le hablaban con entusiasmo de la ciudad de París, donde habían estudiado durante algún tiempo para conocer y avanzar por los laberintos de la filosofía. París no era la mayor de las ciudades de Francia, ni siquiera era la capital de la corte, los reyes sólo iban de paso, pero nadie le discutía la primera plaza en las enseñanzas del saber. Allí estaba la zarza ardiente de la cultura. En eso radicaba su fama y su gloria. Sus escuelas de gramática, lógica, filosofía y teología atraían a estudiantes de toda Europa, incluso de la misma Roma. Las alabanzas, los aplausos y las exaltaciones estimulaban el esponjoso ego de la vanidad de Abelardo. Después de pasar varias horas hablando con él sobre el papel del Espíritu Santo en el seno de la Trinidad y su proyección sobre la Iglesia, el obispo de Rennes le dijo una tarde:

–Sus palabras, muchacho, ¿cómo dijo que se llamaba?

–Abelardo. Me llamo Abelardo.

–Sus palabras, Abelardo, son fecundas como la lluvia sobre los campos. Estoy seguro de que le dará a la Iglesia días de gloria, pero para eso tendrá que ir a estudiar a París, ciudad que es la fragua de los más ambiciosos saberes.

A los veinte años consideró que después de todo lo discutido, oído y leído en Bretaña, todavía le quedaba mucho que aprender, y sólo en París podría colmar sus ansias de conocimiento, ya que tenía las mejores bibliotecas y a los grandes maestros en las más prestigiosas escuelas. Su meta ahora

era París. Berenguer, el padre, que antes de dedicarse al ejercicio de las armas se había instruido en los saberes del *trivium* y el *quadrivium*, se alegró al comprobar la decisión inquebrantable de su hijo por continuar por los interminables laberintos de la sabiduría. Tendría su apoyo en todo, no en vano era el primogénito. Abelardo nunca comprendió el privilegio de la primogenitura, le parecía un caprichoso juego de azar. Su madre sintió la tristeza de perderlo, al fin y al cabo, cuando vagabundeaba por Bretaña buscando desafiadamente la verdad a través de las elasticidades de los silogismos, volvía a casa con cierta frecuencia, pero París estaba lejos y ya no podría hacer lo mismo, ya sólo podría regresar por razones excepcionales.

Durante un mes, pensaron y prepararon lo necesario para un viaje largo sin límite de tiempo. Abelardo era un joven indefenso: carecía de habilidad para defenderse ya que los silogismos no sirven de coraza y en las palabras no rebotan las espadas ni los cuchillos.

–No podrá ir solo –dijo el padre–. Para mayor seguridad, debe ir acompañado por dos soldados. Cuando estén en París, uno se volverá y el otro se quedará a su servicio. Irán a caballo.

El padre lo tenía todo pensado y ahora se limitaba a decirlo. Lo acompañarán Roland Monestier y Claude Fournet. Fournet era un experto en el tiro al arco, pero también dominaba la espada y el puñal; Monestier era habilísimo en la lucha personal sin armas, un genio en poner zancadillas e inmovilizar el cuerpo del adversario retorciéndole adecuadamente los brazos en torno al pescuezo. De un golpe seco en la garganta de sus adversarios con la mano abierta podía eliminarlos enviándolos al otro mundo. Por decisión del padre, Monestier se quedaría al servicio de Abelardo en París; sus habilidades para la pelea eran una garantía de seguridad.

Las vísperas de la partida cayeron sobre el castillo de Le Pallet unas espesas lluvias de tristeza. El castillo se levantaba sobre un monte en una esquina del pueblo, pero justo el día antes amaneció un sol gozoso, un sol de principios de junio que calentaba sin violencias. Abelardo estaba nervioso, París le hervía en la cabeza, un París todavía desconocido pero adivinado por su imaginación en los menores detalles. Soñaba. Para descargar los nervios que lo atenazaban decidió ir caminando hasta el río Sanguenza, que se deslizaba por el valle. Se llamaba así por su historia, había enrojecido con frecuencia por la sangre vertida en las luchas encarnizadas mantenidas por bretones e ingleses. Esas luchas también habían dejado muchas leyendas, muchas veces en el ruido de las aguas sonaban salmodias o gritos desesperados de soldados muertos o a punto de morir. Los ecos de esos gritos antiguos se repetían, especialmente los días de luna llena. Sólo algunas gentes los oían, los que tenían el privilegio de contactar con el mundo de los muertos. Abelardo nunca los oyó. Ahora recorría la parte derecha del río para decir adiós al entorno sobre el que había construido su memoria.

## Capítulo II

A los veinte años, emprendió el viaje hacia París ávido de cultura e impaciente por la gloria. París era la nueva Atenas intelectual del mundo, la residencia preferida de los seguidores de Minerva. La mayor parte de la ciudad se levantaba en la Cité, una isla con una silueta religiosa conformada por las torres y los campanarios de sus quince iglesias, sus veinte santuarios, varias capillas y la imponente catedral románica de Notre-Dame, que estaba siendo reconstruida, introduciendo los arcos ojivales, para darle una mayor majestuosidad. La Cité, bajo los claros de luna, parecía una ballena prehistórica varada entre las aguas del Sena. Abelardo llevaba muchos años soñando con París, con lucir en ella su talento. Después de ir retrasando el viaje por los ruegos de su madre Lucía, que siempre tenía motivos para buscar un nuevo aplazamiento, fijó la marcha para el 10 de junio de 1100. Salieron al despuntar el día, montando tres resistentes caballos, y durante dos kilómetros lo acompañaron sus padres y hermanos. El adiós definitivo estuvo lleno de abrazos y de llantos. Hacía fresco.

—A medida que avance el día tendréis calor —dijo el padre.

—Procuraremos buscar buenas arboledas para descansar y alguna comfortable fonda o posada donde comer y dormir —repuso Abelardo. Y siguió—: Tengo impaciencia por llegar a París, pero no prisa. Si encontramos algún monasterio donde se cante un buen gregoriano por el camino, allí nos pararemos para serenar el espíritu.

Los caminos generales estaban bien cuidados desde que los caballeros de la primera cruzada habían corrido en manada a liberar Jerusalén y desde que un gran número de peregrinos se pusieron en marcha hacia Roma para venerar el sepulcro de San Pedro, o hacia Santiago de Compostela donde, dos siglos antes, había aparecido el cuerpo del apóstol Santiago el Mayor. Desde entonces, Compostela atraía muchos peregrinos por los prodigiosos milagros que allí tenían lugar y por la belleza de sus tierras, por las que entraba el mar hasta muy adentro, dibujando espectaculares paisajes. Las llamaban rías y no ríos, porque eran suaves y resbaladizas como cinturas y pechos de mujer. Santiago, el hijo de Zebedeo, había elegido Compostela para esperar el juicio final. Llegó allí desde Jerusalén, donde había sufrido martirio, en una barca de piedra soplada por el poderoso pulmón de Dios. Los peregrinos iban para purificarse de sus pecados y por la curiosidad de ver el Finisterre, fin de la tierra, donde comenzaba el tenebroso mar envuelto por la niebla del misterioso y agitado océano.

En Orleans, al acercarse al monasterio de San Esteban, oyeron un gran bullicio. Acababa de llegar en una espléndida carroza de roble el arzobispo de Canterbury, Stegan, con una numerosa comitiva. Iba para Santiago de Compostela, a venerar al apóstol, de quien era muy devoto. Abelardo se acercó al arzobispo diciéndole que se dirigía a París para estudiar dialéctica y teología, y Stegan se quedó sorprendido por la belleza del muchacho y por su sabia precisión al hablar de las reliquias de los santos y sobre todo de los apóstoles. En el caso de Santiago, al haber visto a Jesús en carne humana y reconocerlo como Dios, recibió una sacudida tal del Espíritu Santo que trascendía la corporeidad de cualquier otro santo. De ahí la atracción sobre la cristiandad que empezó a ejercer su sepulcro. Hablaron hasta muy tarde des-

pués de haber cenado juntos, centrándose en el misterio de la Trinidad, y al arzobispo lo maravillaron las agudas y reveladoras palabras de aquel joven, tanto que lo invitó a acompañarlo a Compostela. En un principio dudó, pero no podía traicionar su cita con la dialéctica en París. Se justificó con la prisa que tenía por meterse en los laberintos de la filosofía y adiestrarse en el arte de la discusión. Antes, en Angers, en la iglesia abacial de San Sergio, había mantenido un fuerte debate con un grupo de caballeros holandeses que iban a luchar a Tierra Santa para confirmar la posesión de Jerusalén, que Godofredo de Bouillón había conquistado pocos meses antes. Llevaban los cascos y las espadas relucientes y el espíritu exaltado por las ansias de combatir en el nombre de Cristo. «Dios lo quiere» era el grito lanzado por el papa Urbano II que resonaba por todas las tierras cristianas, como si fuera el fuego de la Epifanía. La euforia calentada por la abundancia de vino y cerveza hacía gritar a los caballeros holandeses que no había ninguna gloria más alta que la de luchar por Jerusalén. El que parecía el jefe de ellos se dirigió en tono retador a Abelardo, diciéndole que reyes, papas y obispos debían obligar a todos los hombres jóvenes a luchar por aquellos lugares donde había predicado y sufrido Nuestro Señor Jesucristo, y así rescatarlos para siempre de las manos sarracenas. No se podía consentir que las manos y los pies de los herejes profanaran tierras tan santas, y menos que rezaran en ellas a su falso dios. Después se acercó a Abelardo para preguntarle con voz impetuosa:

–Y tú, ¿qué piensas hacer para que ese crimen no se cometa? –Al tiempo que lo cogía con violencia de la túnica.

Abelardo lo miró de frente mientras le replicaba:

–La viña del Señor es grande y tiene trabajo para todos. Sin duda, vuestro desafío conlleva grandes sacrificios y riesgos; ir a luchar a Tierra Santa comporta entregar la vida a

una causa con muchas posibilidades de perderla. Yo rezaré por vosotros para que eso no ocurra. Debemos respetar las opciones de unos y de otros, porque las alabanzas a Dios tienen muchas formas de cantarse.

Tanto Monestier como Fournet desenvainaron sus espadas e hicieron unos juegos malabares con ellas para demostrar que tenían gran habilidad en su manejo. Abelardo les pidió que envainaran de nuevo, porque era preferible hablar a pelear. Los holandeses, a pesar de estar borrachos por el exceso de vino trasegado, estuvieron de acuerdo con Abelardo en que ya tendrían tiempo para matar cuando se encontraran con los sarracenos en combate. Cambiaron de actitud y terminaron despidiéndose con grandes abrazos.

A medida que se acercaban a París, el camino se iba llenando de gentes de toda condición y oficios, arrieros con reatas de mulas cargadas de los productos más diversos, carretas con frutos de los campos vecinos y de curiosos a caballo que iban a conocer la ciudad. Abelardo y sus compañeros habían dormido en una de las posadas a la entrada de París, en la carretera de Orleans. Poco antes de mediodía empezaron a ver las primeras casas a lo lejos y, poco a poco, alcanzaron a ver La Cité cada vez con más precisión. A su izquierda quedaba la pequeña iglesia de Notre-Dame des Champs, rodeada de cultivos; un poco más al fondo, a la derecha, vieron el montículo de Santa Genoveva, en cuya cima se distinguía la silueta de la gran abadía coronando una extensa plantación de viñas. Levantadas a un lado y a otro había alquerías de las más variadas dimensiones. ¡Por fin París! Ya estaba al comienzo de los sueños, en el umbral de la posible gloria. Ante ellos, el Petit Pont, que unía la orilla izquierda con La Cité, pero no lo iban a cruzar: se quedarían a la entrada, en una casa pegada a la iglesia de Saint-Séverin; ya tendrían tiempo de pasear por el soñado París. Era una

posada familiar que localizaron a la primera pregunta. Los aposentaron en un cuarto amplio con tres camastros cómodos, rellenos de paja. Descargaron los grandes zurroneos de los caballos, y un joven que trabajaba en la posada los llevó a las cuadras situadas poco más abajo, junto al río Sena. Fournet se quedaría tres o cuatro días para descansar y reponer fuerzas para el camino de vuelta, porque al ir solo se le haría más pesado y aburrido el viaje. Tenía la ventaja de poder hacerlo más rápido, aunque tendría que controlarse para no reventar al caballo.

Abelardo se reservaba una semana o diez días para conocer bien París y las distintas escuelas y elegir cuál le convenía más. En la ciudad y los alrededores había varias, pero entre ellas una que sobresalía sobre todas: la escuela episcopal, conocida como el Claustro de Notre-Dame, la más reputada y la más célebre. Alumnos de todas las edades y de todas las naciones europeas venían a estudiar allí. Las aulas estaban dentro de los claustros de la catedral y del palacio episcopal. Eran las escuelas madre y cuyo titular regía todas las escuelas de la ciudad. Estaban orgullosos de tener como rector indiscutible y de profesor más brillante a Guillermo de Champeaux, archidiácono del cabildo parisino. Enseñaba con gran éxito, asombraba con sus reflexiones de lógica aplicadas a la teología y lo consideraban el introductor de la teología en París. Por eso le pusieron como sobrenombre «Columna de doctores», y efectivamente lo era.

Abelardo vagabundeaba de una parte a otra, observando cómo la ciudad saltaba fuera de la isla de la Cité tanto por la ribera derecha como por la izquierda. En la ribera derecha, se habían instalado los comerciantes, y más allá del burgo de mercaderes se extendían algunos viñedos, fincas de cultivos variados y terrenos baldíos que bordeaban el semicírculo de Des Marais. Por la orilla izquierda triunfaban los

viñedos, que se encaramaban cuesta arriba por el montículo de Santa Genoveva hasta llegar al monasterio, donde había una escuela de notable prestigio en dialéctica y filosofía. Los viñedos se prodigaban por un lado y por el otro: prados, tierras sin cultivar y arboledas donde se levantaban unas pocas abadías e iglesias rodeadas de casas humildes. Era una ciudad agrícola, penetrada por la vida de los campos, incluso en algunas partes de la Cité; en cambio, en otras zonas se amontonaban las casas al borde de calles sombrías y malolientes, especialmente cerca de las iglesias. Estaban siempre llenas de gente, entre la que abundaban estudiantes bullidosos y comerciantes que anunciaban sus productos con gritos pintorescos. La escuela del Claustro era el gran centro intelectual de París y del mundo. Allí, corazón palpitante de la ciudad, Abelardo viviría grandes aventuras dialécticas y un amor fogoso que destruyó su vida y la de su amante. Era tal la pasión y la fiebre de aprender y discutir que reinaba en el Claustro que incluso llegaban a pelearse por cuestiones dialécticas. Al cabo de los días, Abelardo empezó a conocer la anatomía y el alma de París. Se dio cuenta de que no necesitaba que nadie velara por él y se convirtiera en su sombra, como había decidido su padre; la libertad de movimientos era un bien irrenunciable. La verdad es que tampoco era una ciudad peligrosa; los grandes destrozos se producían en el campo de la dialéctica, y él tenía facilidad para golpear y evitar los golpes. Era un perro de presa por la precisión y la habilidad de sus dentelladas. Se reunió con Fourier y Monestier para pedirles que se marcharan juntos. A Monestier le comentó que era más necesario en Le Pallet que en París, donde se moriría de aburrimiento. Lo comprendió: en vez de ser una protección para Abelardo, se convertiría en motivo de preocupación y, por lo tanto, de distracción a la hora de dedicarse a la sabiduría.

Al séptimo día ambos se marcharon, y Abelardo se trasladó a una casa donde vivían diez estudiantes. Había decidido entrar en la escuela del Claustro para ser alumno de Guillermo de Champeaux. No era fácil: el maestro tenía que aceptarlo y ya tenía demasiados alumnos. Fue a verlo, pero se encontró con que no era tan accesible; primero tendría que encontrarse con uno de sus ayudantes y después, si éste lo consideraba con formación y capacidad suficiente, lo recibiría el gran maestro, la Columna de doctores. La charla con David Feren, así se llamaba el ayudante que lo recibió, duró dos horas, porque éste escuchó maravillado la capacidad verbal del futuro alumno. Se movía con una asombrosa facilidad verbal por la terminología aristotélica de la lógica y tenía una hábil sutileza para retorcer los argumentos de la dialéctica. Feren le habló maravillas del recién llegado a Guillermo de Champeaux, que quiso conocerlo inmediatamente. El profesor quedó impresionado por la apostura y belleza del recién llegado, y al oírlo hablar sobre el origen del mal no salía de su asombro. Tenía unos ojos verdes y tan claros que le iluminaban toda la cara. La voz era serena y bien modulada. La frente ancha, y el cabello rubio de normando. Lo acogió con entusiasmo, se interesó por la tierra de donde venía e incluso por dónde estaba hospedado. Podía empezar inmediatamente las clases. Guillermo se sentaba en un retablo a medio metro sobre el suelo para ver a todos sus discípulos, que se apelotonaban en largos bancos a su alrededor. Cuando le tocó hablar a Abelardo para resumir la lección que acababa de escuchar de Guillermo, se hizo un silencio de muerte; tenían curiosidad por escucharlo después de las alabanzas oídas sobre él en boca de Feren, un tipo poco generoso en el halago. Desde la primera palabra demostró su capacidad. Las semanas siguientes sorprendió por su prodigiosa memoria, por su aguda sutilidad, por su precoz cultu-

ra, por la cristalina claridad de su palabra, que realzaba la singular belleza de su figura. Su fama se extendió por toda la comunidad estudiantil de París. La dicha de la armonía duró pocos meses; pronto el brillante discípulo empezó a puntualizar algunas de las tesis de Guillermo de Champeaux, que tenía una vanidad más sensible que la cola de un pavo real de Sajonia. Más tarde atacó con fuerza algunas de sus doctrinas proclamadas con gran énfasis y se desataron duros debates entre ambos, de los cuales Abelardo salía en ocasiones claro vencedor, lo que irritaba profundamente a Guillermo. El odio de éste contra Abelardo se convirtió en obsesión y desprecio, no aguantaba que pusiera en duda su ensalzado talento; hasta entonces nadie se había atrevido a hacerlo. Estaba tan acostumbrado al incienso que no aguantaba el humo verde de la crítica. Desconcertados, los discípulos, de forma abierta y pública, defendían al maestro al tiempo que criticaban al recién llegado por su provocadora insolencia. Abelardo era joven, feliz, desbordante de esperanzas, inteligente y, además, hermoso. Dios le había dado demasiados dones. Se sentía capaz de empaparse de todo el conocimiento humano, pero también se daba cuenta de los celos que despertaba entre sus condiscípulos por la ostentación indecorosa y provocadora de la que hacía gala. Reconocería más tarde que su soberbia intelectual fue el origen de todos sus males, según dice en su autobiografía *Historia Calamitatum*, donde enumera el cúmulo de sus desdichas. Detecta sus fallos, pero no les pone remedio, sino todo lo contrario. Le fascina discutir, interrumpir, vapulear al adversario, argumentar sin piedad; la suerte era que su instrumento de combate eran las palabras que hieren y destruyen, pero no matan, si fuera una pelea a espada dejaría muchos cadáveres en el camino. Generaba admiración y cólera y, como consecuencia: seguidores y detractores. Cuanto más crecía su fama, más aumenta-

ba la envidia ajena. Los profesores no soportaban que menoscabara su prestigio y por eso lo odiaban, con el refinamiento con que sólo los intelectuales saben odiar. A muerte. Abelardo era el típico alumno aborrecible. A Guillermo de Champeaux se le alteraba el estómago sólo con verlo en las clases; era como si una destructora tormenta de granizo hubiera caído sobre su admirada y pacífica existencia.

El modo de enseñar favorecía la confrontación irreverente de Abelardo. El profesor leía un texto, leer equivalía a enseñar, y después lo comentaba analizando al mismo tiempo al autor. El comentario giraba sobre tres ejes: la letra o explicación gramatical, el sentido o comprensión del texto y, por último, la sentencia o contenido doctrinal. La clase era un constante diálogo entre maestro y discípulos, que especialmente con Guillermo de Champeaux se llevaba a cabo de modo reverente, hasta que llegó Abelardo y saltó todo por los aires. Con Abelardo, el diálogo entre maestro y alumno se transformaba en agrio debate, se peleaban a dentelladas dialécticas como perros callejeros. A medida que Guillermo contraatacaba, aumentaba la gloria de Abelardo. Con esta gloria prematura decidió convertirse él mismo en maestro cuando apenas había sobrepasado la adolescencia. Esta decisión irrevocable fue fruto de una audacia desenfrenada y de una confianza sin límites en su talento. Después de profundas reflexiones y de analizar los consejos recibidos, decidió establecer su escuela en Melun, una ciudad relativamente cerca de París, residencia provisional de los reyes. Cuando la noticia llegó a oídos de Guillermo de Champeaux, su reacción fue rabiosa, y puso todos sus esfuerzos en impedir que naciera una nueva escuela autónoma tan cercana a la suya; sólo lo consentiría a mucha distancia de los muros de París. Manióbró lo indecible para impedir que se estableciera en Melun, pero Abelardo tam-

poco se estuvo quieto y contactó con gentes principales del lugar que habían conocido su talento y brillantez, y pensaron que una escuela dirigida por tan insigne maestro significaría una gran gloria para su ciudad y un atractivo para los estudiantes. Con el apoyo del molinero mayor de Melun, logró establecer en dos semanas la escuela. Desde el primer momento lo siguieron numerosos discípulos, y los jóvenes de la ciudad le hicieron un fastuoso recibimiento. Su fama de maestro indiscutible de la dialéctica fue creciendo. Su ansia por saber lo llevaba a pasar buena parte de las noches estudiando a la luz de un candil. Su ambición no descansaba, pensando en cómo destruir las doctrinas de Guillermo de Champeaux sobre los universales. Poco después decidió trasladar su escuela a Corbeil, ciudad a las puertas de París, desde donde podía preparar el asalto a la escuela de Notre-Dame, el insigne Claustro de la ciencia y del pensamiento. El exceso de trabajo por el afán de aprender fue minando su salud y alterando los compases de su respiración. Enfermó de fiebres constantes y de latidos desordenados que lo situaron al borde de la muerte. Alarmados, sus padres se trasladaron a París en una diligencia y lo llevaron con el máximo de los cuidados a su casa de Le Pallet, donde lo colmaron de atenciones. Tardó casi un año en recuperarse, poder volver lentamente a la filosofía y prestar atención a las noticias que le llegaban de París, donde la mayoría de sus discípulos lamentaba su ausencia. Por presiones de su madre se quedó varios años más en Le Pallet para consolidar la recuperación y volver con ganas de peleas dialécticas y triunfos académicos. Durante los años de ausencia, sus discípulos lo recordaron con nostalgia, lo convirtieron en un mito. Es lo que tienen las ausencias: en la mayoría de los casos borran el recuerdo con el olvido; en el caso de Abelardo fue exactamente al revés, la lejanía acre-

centó su prestigio. La ausencia lo mitificó. De tanto repetirlo sus discípulos, se convirtió en axioma que Abelardo era el mejor disputador de su época, dada su habilidad para sacar novedosos argumentos y su claridad a la hora de exponerlos. Con evidente exageración lo llegaron a calificar como el moderno Aristóteles.

Entró de nuevo en París a comienzos de la primavera de 1108, y entonces pudo confirmar los rumores que le habían llegado a Le Pallet de que su profesor, el archidiácono Guillermo de Champeaux, había fundado una congregación religiosa de clérigos regulares y se había retirado con algunos de ellos a la iglesia de San Víctor, en el sudoeste de París, en la orilla izquierda del Sena, cerca de la ciudad. Sorprendió a todos su repentina piedad: quería dedicarse a la oración en silencio, lejos de las ruidosas disputas académicas. Su retirada sorprendió en el mundo de los clérigos parisinos que alababan la humildad y la devoción de un hombre que renunciaba por la soledad a un puesto de tanto brillo, y que incluso le serviría de escalera para llegar a lo más alto en la jerarquía eclesiástica. Estos comentarios sonaban en los oídos de Abelardo como zumbidos de moscardones. Abelardo pensaba, y lo decía, que era una maniobra de Guillermo para dar el salto desde la simulada humildad a un episcopado. Uno de los principios de la filosofía es que contra los hechos no valen los argumentos, y el hecho fue que Guillermo tomó el hábito religioso el Viernes Santo, oficiando de celebrante el obispo de París. En los años que había pasado alejado de la ciudad, Abelardo había madurado tanto física como intelectualmente, había consolidado su belleza, pero también aumentaron sus fervores por los debates, sobre todo contra los adversarios de sus doctrinas y contra quienes constituían un obstáculo para impedirle llegar a la silla más alta de la cátedra de Notre-Dame.

Al conocer la decisión de Guillermo de retirarse a la vida religiosa, Hildebert, obispo de Le Mans, de quien había sido discípulo, le escribió una larga carta exhortándolo vivamente a que no renunciara a seguir enseñando. No contento con esto, fue a verlo cargado de argumentos para que siguiera iluminando a la cristiandad con la luz de su doctrina. «No se enciende una lámpara para meterla debajo del celemin, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de la casa», dice Jesús en el Evangelio de San Mateo. Dios da los dones para que se utilicen haciendo el bien, y de eso nos examinará al final de la vida. A Guillermo de Champeaux le había dado el don de la sabiduría, y tenía que sembrarlo para que fructificara. Antes de despedirse le arrancó la promesa de que seguiría con una cátedra, aunque no fuera tan prestigiosa como la del Coro de Notre-Dame. En San Víctor podía poner una escuela de acuerdo con su nueva vida, una que podía dar grandes frutos al huerto de la cristiandad. Guillermo se puso inmediatamente a ello y decidió dedicar un tiempo a dar clases de retórica a los discípulos que lo habían seguido, y pronto se unieron otros atraídos por su enorme prestigio. Un día estaba rodeado de alumnos, reflexionando sobre los argumentos para mover la voluntad de los hombres a entregarse con fervor a la adoración de la Santísima Trinidad, y de repente se hizo un enorme silencio. Todos, alumnos y maestro, miraron desconcertados al recién llegado, que avanzó para abrazar a Guillermo. Y ambos se fundieron en un abrazo en el rito de los hipócritas. Era Abelardo. Venía, según dijo en voz alta, para seguir sus lecciones sobre retórica y aumentar así su sabiduría. Guillermo lo aceptó con un gozo fingido, porque en su interior sabía que traía siniestras intenciones y así se lo comunicó a sus discípulos más allegados. Pasaron varios días, y Abelardo permanecía en silencio escuchando, rompiéndolo sólo para hacer obser-

vaciones halagüeñas hacia el maestro, hasta que un día decidió provocar con la cuestión de los universales, el gran tema filosófico que más preocupaba a los espíritus. Sabía, por el seguimiento que le había hecho desde Le Pallet, que no había cambiado las viejas tesis, sino que había ahondado más en ellas. Eran las mismas sobre las que ambos habían discutido antes de caer enfermo. Guillermo profesaba el realismo más absoluto, atribuía a los universales realidades positivas, lo que significaba que también admitía esencias universales. En su sistema, todo universal era por sí mismo y esencialmente una cosa, y esta cosa residía entera en los diferentes individuos que conformaban un igual fondo común, sin ninguna diversidad en la esencia; la variedad radicaba en la multitud de los accidentes individuales. Lo que quiere decir que la humanidad era únicamente el nombre común de todos los individuos de la especie humana. Esa esencia real, común a todos, entera en cada uno y diversa únicamente por las numerosas diversidades de los hombres. Abelardo se lanzó como un lobo hambriento sobre su presa. La atacó con argumentos transparentes, claros y turbadores. Durante la enfermedad había tenido mucho tiempo para pensar y ahora podía decir: «Si el género es la esencia del individuo, si la humanidad es una esencia entera en cada hombre, significa que la individualidad es un puro accidente, de lo cual se concluye que esta esencia entera está al mismo tiempo íntegramente en un hombre y en otro. Por ejemplo, si tenemos que Platón está en Roma y Sócrates en Atenas, llegamos a la conclusión de que la esencia está entera con Platón en Roma y en Atenas con Sócrates». Un absurdo.

Los estudiantes siguieron los prolegómenos de esta discusión con una curiosidad morbosa. Por todo París se corrió la voz de que Guillermo de Champeaux había comenzado en San Víctor una dramática discusión con Abelardo sobre

los universales. Al día siguiente, no había espacio para acoger a los curiosos, tantos eran que tuvieron que sacar el debate a un huerto de manzanos para que pudieran verlo y seguirlo. La expectación era máxima y, como había tantos nuevos oyentes, resumieron, para recordar, las tesis de la víspera. Abelardo expuso sus objeciones y muchas otras que apelaban al sentido común, de manera que perturbó profundamente al maestro, un maestro que llevaba largos años ejerciendo una soberanía absoluta e incontestada en las escuelas de París. Después de inundarlo de argumentos a los que no sabía cómo responder, Abelardo, como los gladiadores que luchaban hasta la última sangre en el circo, le pidió que se retractase de manera clara para corregir el error con el que había engañado a tantos de sus discípulos. Guillermo recibió las palabras de Abelardo como la frialdad de un cuchillo que se hundía en sus entrañas, destrozando todo su prestigioso pasado. Por la garganta le subía el ansia de venganza, y se vengaría cuando encontrara el momento oportuno y el modo adecuado. El maestro capituló, abandonando la teoría de los universales como realidades subsistentes, unidas por la no diferencia o ausencia de diferencias. Su prestigio caía y se derramaba como un odre de vino rajado. La caída del ídolo. Para Abelardo, los universales no eran ni realidades ni meros nombres, sino conceptos formados por el intelecto que abstrae las semejanzas entre las cosas individuales percibidas por los sentidos. Percibimos el particular y conocemos el universal, pero lo conocemos a través del particular y percibimos el particular en el universal.

Todo París conoció el final de la pelea dialéctica entre los dos maestros. Guillermo de Champeaux vivía en estado de desolación, pero seguía con ojo vigilante la cátedra de Notre-Dame, donde había colocado a uno de sus más fieles seguidores; por eso, cuando este seguidor ofreció el puesto

a Abelardo, reconociéndolo como maestro de maestros, y se apuntó entre sus discípulos, Guillermo de Champeaux montó en cólera y atacó al sucesor que él había nombrado; al no poder expulsarlo, acudió a la difamación y a la calumnia, diciendo que tenía relaciones carnales con otros hombres, un pecado horrendo. El obispo lo dio como cierto y le quitó la cátedra, lo que significaba que también privaba de la suya a Abelardo. Guillermo maniobró para que se la dieran a otro de sus seguidores, enemigo acérrimo de Abelardo. Una vez conseguido su propósito, se marchó con los discípulos de la congregación que había fundado a un lugar bastante lejos de la ciudad. Abelardo se dirigió a Melun para empezar allí otra vez sus clases, y lo hizo con gran número de seguidores. Su fama crecía a medida que lo perseguían. Con el paso de los días, conociendo que Guillermo permanecía lejos de París, Abelardo decidió volver a la ciudad, pero al comprobar que su cátedra estaba ocupada decidió establecerse en el monte de Santa Genoveva y abrir una escuela en el mismo claustro de la iglesia dedicada a la santa. La colina sería el nuevo Sinaí de las letras. El monte estaba lleno de viñedos, tuvieron que arrancar bastantes para hacer sitio a la construcción de residencias para los estudiantes. En lo alto de la montaña, Abelardo se convirtió en el gran maestro de las escuelas de París, mientras que la de Notre-Dame perdió todo su prestigio y pasó a ser un simulacro de lo que había sido.